

Noaj, N°. 12-13. Diciembre de 1997



EL NACIMIENTO DE ISRAEL: EDITORIALES DE *JUDAICA*

- Judea, p. 124
- Renacimiento de Eretz Israel, pp. 125-126
- Nacer con sangre, p. 127



judaica

publicación mensual
fundador: salomón resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 245.554

Año XIV Buenos Aires, Noviembre de 1947 N° 160

J U D E A

Con acierto en tierra americana, la Asamblea General de las Naciones Unidas, aprobó (29-11-1947) la división de Palestina en dos Estados: uno judío y árabe el otro. Este magno acontecimiento para la vida del judaísmo universal, este problema que llevaba conurbado al mundo entero, y que sigue siendo, por la continuidad de los hechos que en torno suyo promueve, uno de los más extraordinarios en lo ideal y social de la historia contemporánea de Oriente y Occidente; este proyecto, patrocinado por Estados Unidos y Rusia, y sancionado por 33 votos contra 13, más 10 abstenciones y una representación ausente; este debate universal entre los delegados de los pueblos triunfantes en la Guerra Mundial contra el nazi-fascismo; este pronunciamiento por la creación del Estado judío después que el pueblo alemán asesinó a seis millones de judíos en el territorio europeo ocupado por los ejércitos del Eje Roma-Berlin; esta gran decisión adoptada por representantes de pueblos libres para salvar del exterminio a un pueblo esclavizado y perseguido, cuya historia se remonta a los orígenes del mundo, y está ligado desde la antigüedad cristiana hasta nuestros días al proceso de desenvolvimiento progresivo de la humanidad; este hecho materializado contra la actitud recelosa, temerosa y equivocada de la nación mandataria en Palestina, se produjo, justamente, a cincuenta años de la organización del sionismo político y a treinta de la Declaración Balfour.

Las dilaciones, postergaciones y trabas que surgieron durante el medio siglo de actividad sionista, han rendido el venturoso y magro Estado Judío, que la judicidad recibió con exaltado júbilo. El

326 J U D A I C A

destino de Palestina era el destino de Israel. La sostenida incertidumbre que desde la Declaración Balfour se mantuvo en torno a la decisión final, ha permitido, en tanto, que la sangre del ischuv palestino fertilizara el suelo de Eretz Israel. Los hombres encargados de organizar el mundo que, salvado del dolor de la última guerra, marcha hacia un futuro mejor, consagraron este renacimiento que honra a la comunidad humana. Las mágicas nueve lunas que señalan el curso del advenimiento, se fueron dando sucesivamente sobre Munster, Osnabruck, Yalta, Teherán, un lugar del Atlántico Moscú, Potsdam, Washington y Lake Success...

Todos los sacrificios soportados por el judaísmo forman parte de la historia universal, aunque pesen exclusivamente sobre el débil organismo judío. De haber sido otra la historia del mundo, nuestros sacrificios no hubieran sido, o bien, aparecerían tan innecesarios al curso de la vida de un pueblo, como lo son los sacrificios soportados, a los que hemos sobrevivido, y a los otros muchos que aún tendremos que soportar para sobrevivir. Dos mil años de dispersión nos traen al punto de partida. El círculo de la negación de la negación se ha cerrado. Se abrieron las puertas de Tierra Santa para que regrese todo el pueblo judío. Contra los argumentos falaces de las derechas y las izquierdas, ha triunfado la idea sionista. La misión del pueblo judío no es otra que reintegrarse a la tierra de sus antepasados, para tener allí el derecho a la vida que en otras tierras le niegan.

judaica

publicación mensual

fundador: salomón resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 245.554

Año XIV Buenos Aires, Enero - Febrero de 1948 N° 162-163

Renacimiento de Eretz Israel

CUANDO la potencia mandataria publicó el Libro Blanco, en 1939, y en ese documento se disponía que la inmigración hebrea fuera suspendida, vedándose además a los judíos adquirir tierras en el territorio que les fuera reconocido como hogar nacional, no creyó entonces el gobierno inglés que los sucesos a que diera lugar el Libro Blanco se prolongarían sin solución durante un decenio, y los obligara a situaciones de desprestigio que no se borrarán, sin duda, durante los próximos diez años. Es evidente que mediante el Libro Blanco no se intentó dar una solución al problema judío; sólo se quiso dilatarlo y en eso estamos.

Con todo, para el judaísmo, y en aquello que a él respecta, nada se ha detenido. La historia se repite en el renacimiento del pueblo judío. El medio siglo de vida sionista, o los treinta años de la Declaración Balfour, completan un campo de lucha no menos agobiador y trágico que los cuarenta años en que la tribu fugitiva deambuló por el desierto, hasta alcanzar la tierra prometida. También ahora se entra luchando a Eretz Israel, y también algunos de los jefes se quedaron en los umbrales, sin ver como la grey se internaba en la tierra de los antepasados. Entre los que llegan —fugitivos, colonos, obreros, idealistas, guerreros— hay muchos que conocieron a los héroes Herzl, Nordau, Trumpeldor, Jabotinsky, Joffe. La palabra de los conductores sigue impulsando y moviendo el destino y la obra de los judíos, porque el judaísmo es paciente y tiene fe en los más altos dictados humanos. Si el pueblo judío no hubiera clamado por sus muertos y por sus sobrevivientes, tal como lo hizo con toda su voz universal, y no exigiera su liberación nacional, el camino de la esclavitud de las masas se hubiera reiniciado en Europa; en la nazi y en las otras... Es sabido que Israel, viviendo en paz con todos los pueblos de la tierra, es tratado como

enemigo. El hombre judío está sirviendo de experimento a las fuerzas que aspiran a dar el salto atrás que les permita revivir el medioevo y el estado de esclavitud. Los que huyen a Palestina, llegan desde países donde gozaron de los mejores beneficios de la civilización y la cultura: la mayoría son profesionales que alcanzaron fama y riqueza; habiéndose salvado de morir a manos de la bestia nazi, huyen de la Europa nazificada; corren los riesgos y privaciones consiguientes a fin de asegurar una tierra libre y nacional para ellos y sus hijos, un país donde puedan proclamar sin temores lo que son y desarrollar sus aspiraciones, sus cultos, sus modalidades. No serán esclavos, y en esa empresa de migración reivindican los fueros humanos. La emigración del judío europeo a Palestina, recuerda el éxodo europeo a América, aún cuando no es lo mismo.

Los pueblos jóvenes de América no pudieron evitar que en suelo del Nuevo Mundo arraigara la herencia de prejuicios contra lo judío, si bien la vida judía, al amparo de garantías constitucionales, siguió desarrollándose a la par de otras colectividades que, en su adaptación al medio, seguían manteniendo los principios tradicionales y culturales en los que se educaran y que les daba una fisonomía inconfundible. Para que el hombre europeo, su tradición y su cultura, asentaran firmemente en América, el conquistador guerrero y el conquistador inmigrante, redujeron al indio a esclavitud o lo aniquilaron con procedimientos inquisitoriales y policiales. El indio pudo ser sometido, porque, cercado entre dos grandes mares, no existió para él la salvación de la diáspora; los caminos del mundo no se dieron al indio. Entre el conquistador y el indio, cercados por el mar, la pampa o la montaña, mediaron la espada y la cruz y no otros símbolos. El indio estaba fuera de la órbita europea: de Dios y la cultura. El indio era judío para el godó. Pero el criollo, el hombre que reivindicó los derechos al suelo nativo, vió en el godó invasor un extraño, y a causa del odio y del miedo nacidos de la lucha sangrienta por la libertad, lo asimiló a la imagen del desprecio, llamándole judío. En el cancionero popular de la independencia, el godó suele ser nombrado así. Si bien los árabes ven simples judíos en nuestros hermanos que inmigran en Eretz Israel, lo cierto es que los británicos ven godos en ellos; los ven como a godos y los tratan como indios. Estas contradicciones particulares a la farsa, se explican por el lenguaje propio de las rivalidades del comercio.

La Biblia inmigró a América, y sin duda en manos de un judío, pero, la espada y la cruz fueron armas de los conquistadores que, puestas las manos sobre la Biblia, juraban cumplir el mandato que les daban los reyes, para tomar posesión de América. El naci-

miento del Nuevo Mundo importó una cuestión de fe: de fe en postulados de oro y de sangre y no de ley divina. Dios no habló para el hombre americano. El hombre de la tierra de la leche y la miel, para quien habló Jehová, es, con todo, el hombre del nuevo mundo, el indio frente a la nueva humanidad.

Eretz Israel, como cualquier territorio de la América virgen, comienza, en función de tiempo y vida, a ser un Estado: los hombres que la habitan son inmigrantes y no lo son a la vez. De que les sea reconocida universalmente su nacionalidad judía: depende el destino judío. Una cuestión de fe, sin duda, y de derecho. Por el momento, las esperanzas son una forma de vida judía, un derecho adquirido por costumbre. Los árabes deben comprender que la reintegración del israelita a Palestina, viene a significar la unidad del mundo semita frente a la Europa antisemita, y que la unión del Corán y el Viejo Testamento, significa la emancipación del Oriente. El mundo de Occidente, incluso América, reconocerá en esa unidad, la señal de unión que de inmediato debe anudar con el indio y el negro —"Eurafricamérica"— restaurando, de este modo, los derechos de origen, según corresponde al hombre y al mundo contemporáneos.

El renacimiento de Eretz Israel se lleva a término sin la cruz y con el apoyo del mundo cristiano. Renace libre de culpa, para asegurar una justicia universal. En su renacer están en juego las posibilidades de la civilización, porque este intento de unidad judía, demostrará si es posible la unidad espiritual del mundo.



Nadie puede lavarse las manos

Acaso al desencadenarse la guerra grande en Tierra Santa, el mundo comprenda mejor el problema judío. Comprender el caso judío es comprender el destino de la humanidad, el destino del hombre. Tenemos sobradas razones para suponer que las naciones, en cuyos dictados cuentan las razón y la fuerza necesarios para reglar el destino de los Estados vencidos en la última guerra y que no diseminaron a las poblaciones derrotadas, tienen ya conciencia de su responsabilidad ante el clamor del hombre que exige garantías individuales, es decir, derecho a la vida por el sólo hecho de haber nacido, y que además, esas garantías sean elevadas del limitado terreno del derecho público de cada país, para ser reconocidos y respetados en la carta y los hechos del derecho internacional. El regreso de los hebreos a Palestina, no es menos vital, para el futuro del mundo, que la reconstrucción de Alemania.

Debido a las atrocidades cometidas por el pueblo alemán contra los judíos, (y si en lugar de ser los vencedores las Naciones Unidas lo hubiera sido el Imperio Romano), el pueblo alemán pudo ser obligado a tomar el camino de la diáspora, y su territorio entregado al pueblo de Israel: pero los ejemplos de la historia no valen cuando se los contempla a dos mil años de distancia, en la era atómica y para un pueblo milenario que organiza migraciones ilegales para salvarse de vivir a costa de nadie. La civilización universal no ha dispuesto que la historia y la vida de Israel sean radiadas de sus páginas. Es inútil pretender desentenderse mediante habilidad diplomática, para salvaguardar intereses de oleoductos. La danza del mundo se forma en torno a Tierra Santa. Nadie puede lavarse las manos.

No se suponga que el mundo árabe acepte los hechos consu-

judaica

publicación mensual
fundador: salomón resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 245554

Año XIV Buenos Aires, Mayo-Abril de 1948 N° 164-165

mados, sea por las armas judías o las decisiones de la UIN. La guerra abierta se desencadenará apenas salga el último soldado inglés del territorio palestinese. El orden necesario para que allí convivan árabes y judíos no será impuesto por una policía internacional, sino por la voluntad espiritual de los pueblos del mundo. Nuestra antigua tradición pacífica ha sido forzada a emprender una nueva experiencia, una aventura de vida o muerte. Una gran fe, una gran desesperación la incitan, y no puede ser de otra manera. Las vacilaciones de las Naciones Unidas, vienen a continuar la política de la nación mandataria; en el momento en que el Estado judío debe nacer, ella se retira del suelo que administró durante un cuarto de siglo, para lavarse las manos.

Pero nadie puede ya lavarse las manos.

El Viejo y el Nuevo Mundo, los cinco continentes, la justicia y el derecho, el porvenir del género humano, la conciencia universal, están frente a la más tremenda encrucijada: se vive un momento crucial: el sanedrín de las Naciones Unidas va a determinar si el pueblo judío renacerá o sucumbirá. La sentencia que ha de pronunciarse, cuenta con la firma de todos. Sobre todos pesará el veredicto. Nadie podrá excluirse como juez y como parte. La palabra y el juicio de los hombres, de los pueblos, del mundo entero, resonarán bajo el cielo, como si bajaran del cielo, para conmover la conciencia y la moral del ser pensante. La responsabilidad es general y universal. Frente a lo que vendrá, nadie puede lavarse las manos.

judaica

publicación mensual

fundador: salomón resnick

directora: rosa perla resnick

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 245.554

Año XIV Buenos Aires, Mayo de 1948 N° 166

Nacer con Sangre

"Oídme los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi ley. No temáis afrenta de hombre ni desmayéis por sus denuestos". Palabras son de Jehová y retumbaron en la boca de Isaías. Los que conocen la justicia y la ley, saben que no son las afrentas del hombre las que deben temerse. No son los cuarenta oficiales ingleses los que afrentan al pueblo de Israel ni le dan miedo. Lo que importa y desespera es que el Imperio Británico desconozca la palabra de Jehová, ignore la justicia y borre la ley de su corazón. ¿Es que el Imperio Británico no alcanza a sentir el enorme cambio que en sus propias entrañas se está operando? ¿No siente la sangre que debe perder inútilmente por oponerse al nacimiento natural del nuevo mundo, del mundo que nutrió con su libertad y su progreso? ¿Es que Inglaterra quedó rezagada en el mundo contemporáneo? ¿Es que las ideas del nazismo invasor, que ella derrotó en el continente se radicaron en sus islas y dominan el pensamiento de sus hombres rectores, de los que padecieron miedo y afrenta ante la bestia nazi? ¿La derrota nazi les colocó una pesada losa sobre los sueños de bien y la esperanza de un futuro mejor y más digno? ¿Renació en ellos, con la guerra, el viejo espíritu fililustero, torcido, siniestro y cruel? Ya no merece fe alguna la palabra inglesa: ya nadie cree en ella: es engañosa y perversa: es como un arma de doble filo: respalda las turbias acciones que arrastra su interés explotador. No, no es la oficialidad sometida, ni el ministro obsecuente. Es el poder del Imperio Británico, la voluntad despojadora del Imperio, el gobierno violador que ejercita el hierro del mandato imperial, en fin, el osulto carniceiro del imperialismo. El Estado de

98 J U D A I C A

Israel debe nacer con sangre para que el Imperio Británico reciba la transfusión de oro y petróleo que necesita del Oriente.

Ahora el mundo asiste a un fiero espectáculo, a una guerra de la más elevada justicia contra la más tremenda afrenta al destino de una vida, al derecho de un pueblo a la vida. El espectáculo no de una vida, que electrizó a la humanidad en la trágica hora de Pearl Harbour. Ahora no es el golpe descargado sin previo aviso, de modo imprevisto y fatídico, maquinado con la sorpresa y el engaño, a traición. En Israel las cosas se van dando con pleno conocimiento de gente: se difunden y se estudian, se discuten, se aplican a la luz del día, desde hace muchos años y contando con el asentimiento del mundo entero, perfeccionando cada vez mejor las marchas y contramarchas, hasta llegar a los hechos de hoy, hasta llegar al crimen de Jerusalem, estas muertes y violaciones, este despojo que no motivará remordimiento en nadie, este asesinato en masa que cuenta con la complicidad de todos y que sólo levanta un reiterado vocerío de feria en altos congresos, sin que se intervenga más que de palabra. No, esto no es justicia, ni derecho, ni siquiera venganza. Es empresa de oro, de petróleo, de bases militares. ¿Es que nadie puede hacer cesar esta guerra de tinieblas? ¿Alguien ha medido la inmensa angustia y desaliento que obliga a Israel a llevar adelante esta guerra, en la que cifra la esperanza de pervivir, de ser y cantar luego con júbilo a la vida que el Imperio le niega?

La Sangre de Israel

(Especial para JUDAICA)

por ALVARO YINQUE

"Entramos a Tierra Santa con el cuchillo entre los dientes" — LÁZARO LIACHO

*Nuevamente de sangre rojean hoy tus muros,
tus muros milenarios, libre Jerusalem:
Nabucodonosor y Tito nuevamente
hacen correr, feroces, la sangre de Israel.*

*Se oyen exasperados Patriarcas y Profetas,
exaltadas se yerguen las manos de Moisés
y Judas Macabeo que al invasor se opone
hace hervir como en olas la sangre de Israel.*

*El árabe, sabueso de la inglesa perfidia,
encarnación el árabe del hermano de Abel,
lanza sus locas huestes, sus cohortes sedientas
de sangre, de la sangre, la sangre de Israel.*

*La raza no extinguida por los campos de muerte,
se halla de nuevo en sangre tinta... Pirata inglés,
no te importa la sangre si acaparas petróleo,
la sangre no te importa, la sangre de Israel.*

*Israel, a tu lado lucha el mundo que avanza,
héroes son ahora tus mártires de ayer:
imperante Britania, Yanguilandia babélica,
no se derrama en vano la sangre de Israel.*

*¿Qué es del imperio asirio? ¿Y el romano? ¿Y el nazi?...
Son arena, recuerdo de siglos y aun de pie,
se halla el pueblo que otrora cubrieron con la sangre
de todos los horrores, la sangre de Israel.*

Buenos Aires, Mayo de 1948.